

## **Borja García Ferrer, *Baltasar Gracián: Filósofo de la Vida Humana* (prólogo de José Luis Villacañas). Madrid: Guillermo Escolar Editor, 2023, págs. 211**

**Javier Miguel Hostaled Cortés**  
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://orcid.org/10.5209/inge.97947>

Fue un tópico habitual desde el siglo XIX mucho tiempo identificar los inicios de la filosofía moderna con grandes proyectos de reforma o sistematización conceptual: Bacon, Descartes, Spinoza, Hobbes, Leibniz, y ello, a remolque o en paralelo con la gestación de la nueva ciencia moderna (Galileo, Kepler, Huygens, Torricelli, Boyle, Newton...). Sin embargo, a medida que el proyecto de la modernidad empezó a despertar dudas y sus variantes narrativas fueron puestas en duda, la historia del pensamiento filosófico ha ido buscado alternativas de lectura en autores menos sistemáticos y aparentemente menos modernos o en todo caso menos señalados. No es de extrañar por tanto que, muchas escuelas actuales, como la de Granada (con la que podemos vincular a Borja García Ferrer), hayan desplazado su mirada a nuevos contextos intelectuales donde la prosa, a veces marcadamente literaria y alejada del paradigma científico, despierta ahora tanto o más interés intelectual que el latín de los grandes sistemas.

Uno de esos olvidados que destaca por encima de otros por el profundísimo carácter filosófico de su obra es Baltasar Gracián, y no hay mejor autor o análisis para iniciarse en su pensamiento que Borja García Ferrer en su libro “Baltasar Gracián: Filósofo de la Vida Humana”. La lectura de este libro es una guía apasionante a través del Barroco español. Es por esto que, a través de esta reseña, el lector podrá convencerse y alegrarse al descubrir que no sólo hay filosofía en España, sino que además, esta, es tan profunda como actual.

*Baltasar Gracián: Filósofo de la vida humana*, un libro tan sorprendente como ilustrativo y cuyo título no puede irle mejor o ser más cierto, ya que la filosofía de Gracián nos presenta una guía para el desarrollo de la vida de todo ser humano.

El libro abre con un prólogo de José Luis Villacañas, que tiene por objetivo introducirnos al mundo de Baltasar Gracián, y por ende a su mentalidad; un mundo cambiante, sin puerto al que llegar o conocimiento desde el que partir, de ahí que el jesuita haya de conformar su propio “Modus Vivendi”. Este prólogo no es sino una introducción al Barroco, un Ba-

rroco diseccionado en sus partes y sus cualidades al que se le hace un estudio casi ontológico. Esto se repetirá en mayor medida en el primer capítulo del libro, el cual esboza partes de la filosofía del jesuita. Sin embargo, citando una parte del prólogo el lector será capaz de imbuirse de este análisis del contexto histórico de Gracián, más específicamente del concepto de la “muerte de Dios” en el Barroco:

La naturaleza representa a Dios, pero entre los humanos ninguno lo hace, pues ya no cumplen esa función ni el emperador ni el papa. De este modo, el mundo humano ha perdido la conexión entre inmanencia y trascendencia que podría orientarlo. Por eso la forma ha quedado atrás. Esta es la evidencia de la que parte Gracián. (García Ferrer, 2023: 20)

Esta cita representa a la perfección la problemática de la cosmovisión Barroca, la cual provoca esa angustia de ignorancia e inseguridad en sus hijos; ya no es solo que no haya conexión con Dios, es que tampoco cabe la posibilidad de establecerla, el hombre moderno está sólo, por primera vez.

Una vez entrados en materia llegamos al primer capítulo, el cual no es sino una deconstrucción mayor todavía de lo presentado en el prólogo; necesaria, pues el contexto es muy importante para entender la filosofía de un autor, sobre todo cuando esta, la filosofía, no es explícita como podría ser en el caso de Gracián. Esta contextualización analítica, llena de referencias a otros autores (y, por ello mismo, proliza en algunas partes debido a la cantidad de información y de puntos de vista presentados), sentará las bases para la filosofía de Gracián.

Así pues, se nos presenta el Barroco como una etapa eminentemente nihilista relacionada con un desprecio del tiempo, un tiempo que “atestigua el carácter efímero de la naturaleza”, una naturaleza con un Dios nominalista llevado al extremo, es decir, un Dios irracional sobre el cual no se puede tener certeza alguna. Esto nos lleva, como dirá Antonio Rivera, a un *Deus absconditus*:

Un dios tan arbitrario, irresponsable e inaccesible como el nominalista, se convierte en un *deus absconditus*. Y un dios escondido, cuya providencia no llega al mundo, es un dios muerto y superfluo para los hombres, que puede ser reemplazado por el azar. (Rivera, 2004: 570)

Con este Dios desaparecido, el cosmos mismo está en desorden, lo cual plantea una época al borde de la catástrofe: los reyes y el papa ya no representan la voluntad de Dios en la tierra. Se trata de un Dios tan escondido que está desaparecido, como citábamos antes. La forma misma ha quedado atrás; por eso, nos dice Maravall: “El ideal histórico de la restauración se presenta, a los ojos del Barroco, como la antítesis de la idea de catástrofe” (Maravall, 1975: 419; véase también Benjamin, 1990: 52). Ante esta idea se nos muestran dos proyectos: el proyecto racionalista y el erasmista; ambos con el único propósito de reconstruir el mundo, al menos de forma que haya unos pilares mínimos sobre los que sustentarse. Es necesario, pues, reconstruir y armonizar la relación sujeto/objeto. El racionalista buscará redefinir el ser en cuanto a ser con el proyecto de la *Mathesis Universalis* de Descartes. Este está obviamente representado por la escuela cartesiana y en último extremo por los empiristas. La segunda corriente serán los erasmistas. Pues bien, a esto hay que añadirle la concepción gracianiana del ser, puesto que el jesuita aragonés verá el ser como sustancia *in actu*, es decir, una sustancia operante, la cual se manifiesta en sí desplegándose sobre sí misma. Esto se ve en más detalle en el último capítulo. Tras esta explicación somera del contenido del primer capítulo pasemos al segundo, que es donde realmente se desarrolla toda, o gran parte, de la filosofía de Baltasar Gracián.

En este segundo capítulo nos encontramos principalmente con su epistemología y su antropología. Aquí es donde el lector sentirá más rotundamente la presencia de la filosofía de Gracián, y no es exageración el decir que se trata del capítulo más importante del libro. La contextualización del primero es necesaria, sí, pero en el segundo es donde por fin vemos cómo Gracián desarrolla su propio camino a la felicidad y al conocimiento, su *modus vivendi*.

Entrando ya de lleno en el segundo capítulo, éste se nos abre directamente con el tópico latino *homo viator*, pues, como decía Antonio Machado, “camionante no hay camino/se hace camino al andar”. Para el autor aragonés todo hombre debe desarrollarse en el ejercicio de la vida, en tanto que participante de ese ejercicio vital, “ha de crearse persona”, desarrollar su propio ser:

El hombre se presenta como el artífice de su propio ser, en medio de una naturaleza que ofrece pocos consuelos, donde nada queda de la gracia divina...se trata de una antropología existencial del hacerse persona (...) hasta conformar un tipo de personalidad singular e irreductible. (García Ferrer, 2023: 84)

En este sentido el hombre ha de buscar su propio camino, pero aquí entra en juego la epistemología del jesuita. Un hombre ha de buscar su propio camino en la vida con un rumbo fijo, alcanzar la virtud,

o dicho de otra forma, tener aspiración a la infinitud. En este sentido se puede decir que Gracián es completamente aristotélico.

De este modo, la persona busca infinitud aceptando su finitud y este proyecto de vida se convierte en un proyecto de vida sin final en el que la construcción del camino, y de la individualidad, se hace con las herramientas de la virtud y el ingenio. Sáez Rueda nos descubre esta conceptualidad gracianiana:

El hombre [...] ha de perseguir lo infinito a sabiendas de que este no le asistirá. Su grandeza o su heroicidad se transforman en la sujeción a dicha imposibilidad sin claudicar y, en tal encrucijada, se descubre llamado a hacerse continuamente, a cifrar su altura y valentía en la *intensio* del arreglárselas con la problematicidad de lo real, incidiendo en el mundo a golpe de autocreación. (Sáez Rueda, 2010: 372)

No obstante, esta autorrealización, o como se verá más adelante el “despliegue del ser” sobre sí mismo, ha de hacerse con la herramienta ya nombrada y contingente para este desarrollo: el ingenio. En el mundo barroco de Baltasar Gracián, un mundo dinámico, a la deriva, donde no hay anclajes y el proceso vital implica una *paideia* personal sin final. Es evidente que el mundo barroco es, en definitiva, un mundo de las apariencias. Apariencias mutables que muchas veces despistan el entendimiento de alcanzar las sustancias en sí mismas. Por esta razón, nos dirá Gracián, es necesario una cualidad en el hombre que le permita separar las sustancias reales de aquellas cosas con las que se nos presenta, en una forma de creación singular de nuevos significados en conceptos ya existentes así como cita en el libro: “Es la verdad una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por esto anda siempre tapada.”. En este sentido las esencias, las “verdades” de las cosas, habiendo perdido su vínculo con las palabras, se tornan en manifestaciones puramente estéticas de forma tal que sólo a través del ingenio y, como se verá más adelante, el gusto en tanto que capacidad de elección estética y moral, un gusto orientador, guía junto con el ingenio y el ejercicio de la virtud a la felicidad.

De este ingenio y esta mirada prudencial, estética sobre las apariencias pasamos a la vida, al aprender a vivir. Pues hasta los sabios, en tanto que sabios, se equivocan en el vivir:

Tener un punto de negociante. No todo sea especulación, aya también acción. Los mui sabios son fáciles de engañar, porque aunque saben lo extraordinario, ignoran lo ordinario del vivir, que es más preciso. La contemplación de las cosas sublimes no les da lugar para las manuales; y como ignoran lo primero que avían de saber, y en que todos parten un cabello, o son admirados o son tenidos por ignorantes del vulgo superficial. Procure, pues, el Varón sabio tener algo de negociante, lo que baste para no ser engañado y aún reído. Sea hombre de lo agible, que aunque no es lo superior, es lo más preciso del vivir. ¿De qué

sirve el saber, si no es plástico? Y el saber vivir es hoy el verdadero saber. (Gracian, 1997: 232)

Tal y como se pone de manifiesto en la anterior cita, resulta evidente el fuerte carácter moral de la filosofía del jesuita aragonés, que se muestra más práctica que teórica, tal y como lo expresa García Ferrer en el libro. Mas se ha de hacer hincapié en esta concepción vitalista y práctica del desarrollo de todo ser humano, que nos será relevante para el capítulo final de este libro, una concepción que como hemos visto al principio del segundo capítulo distingue a los hombres sabios de los que “saben vivir”; sí, cursarse en las letras es necesario, pero también lo es el desarrollar un gusto, un gusto acerca de aquellas cosas que son “buenas” y “malas”; discernir entre estas con un criterio que consiga dilucidar la esencia misma de las cosas, ese ingenio que nos lleva de la experiencia estética de las apariencias a la ontología de la naturaleza; y por último pero no menos importante, la virtud de aplacar las pasiones, de esperar y reaccionar prudentemente o como dicen en el libro:

La clave consiste, a nuestro parecer, en cultivar la virtud de la serenidad de ánimo, una serenidad heroica, sin cuyo concurso sería impensable el perfeccionamiento del ser más consumado (García Ferrer: 146).

Aún a pesar de que todavía queda contenido por explorar en el segundo capítulo, y en el libro en general, hemos de pasar al tercer y último tramo en este desvelamiento de la filosofía de Baltasar Gracián, dado que es necesario dejar que el lector pueda adentrarse en el libro y descubrir las maravillas de este por él mismo. Dicho esto, comencemos con el principio del fin.

En el tercer capítulo concluye la autopsia al *homo viator* del jesuita aragonés. Se trata de un capítulo de lo social y de las relaciones del hombre en el mundo, donde se nos presenta un viaje en tres etapas, de las cuales una es la socialización y las otras dos son una reflexión. Veámoslo a través de las palabras del propio Gracián:

Gástese la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos. Nacemos para saber y sabemos, y los libros con fidelidad nos hacen personas. La segunda jornada se emplee con los vivos: ver y registrar todo lo bueno del mundo. No todas las cosas se hallan en una tierra; repartió los dotes el Padre Universal, y a veces enriqueció más la fea. La tercera jornada sea toda para sí: última felicidad, el filosofar. (Gracián, 1997: 133)

Es pues un recorrido en tres etapas, vertebradas las tres según lo antes mencionado y un concepto más que se ha de introducir: el autoconocimiento. Y

es que en este último capítulo se nos desvela la importancia que tiene para Gracián “no ser solamente prudente, desarrollar el gusto, y tener el ingenio, sino que además es una necesidad perentoria el conocerse a uno mismo”, de forma que si la apariencia de uno mismo se perdiese en la del mundo o quedase desfigurada por los acontecimientos, si la persona se perdiese, habría de rescatarse a sí misma mirando en el espejo de su alma, es decir, a través de la introspección, del autoconocimiento.

Una vez presentada “esta necesidad para el desarrollo de uno mismo” tenemos que volver al ámbito de lo social pues “Antes loco con todos que cuerdo a solas”; es decir, el jesuita considera que este desarrollo personal se hace junto con el resto, es un camino de desarrollo individual pero en el mundo y por lo tanto con los demás. Es más, Gracián considera esto de forma tal que el reconocimiento individual no se encuentra sólo en uno mismo o como dice en el texto “Gracián se propone abordar no una conciencia de sí, sino de los demás” (Rodríguez de la Flor, 2015: 120). Es, por lo tanto, obligación del hombre el desarrollarse en sí, para sí y con los demás. En Gracián el obrar bien y ser virtuoso, esta vez entendido bajo el aristotelismo, es necesario en la vida, como dice Calderón: “Mas, sea verdad o sueño, obrar bien es lo que importa. Si fuese verdad, por serlo; si no, por ganar amigos para cuando despertemos” (Calderón de la Barca, 1987: 525).

No es solamente el viaje sino la compañía, uno no puede garantizarse el salvar los baches de la vida estando completamente solo.

Tras esto el capítulo tres continúa con una fenomenología que termina de resolver las dudas que hubiese sobre el ser y el mundo de las apariencias barroco y sobre las cuales no incidiremos en esta reseña, se concluye así este resumen que en nada hace justicia a ambos autores.

Poco más se ha de desvelar de este capítulo, al fin y al cabo toda obra debe conservar su misterio y tenemos que concluir. Gracián está expuesto, su verdad desnuda y las apariencias marchitas, nos queda pues llegar a la última etapa de este viaje, el filosofar.

Finalmente, se puede decir que esta obra dibujada a lápiz barroco y coloreada y matizada con acuarelas modernas y contemporáneas sorprenderá y atrapará al lector cual pez en una red. La calidad literaria de la obra y la forma de escribir del autor es personal. Tras la lectura de esta fantástica puerta a la filosofía gracianiana el lector podrá descubrir por su cuenta que rescatar y desempolvar a estos autores, quizás no “perdidos”, pero sí trasapelados en la historia, para el gran público es, no sólo bueno, sino necesario, y más a Gracián que, tal y como se nos presenta en el libro, es de una actualidad pasmosa.

## Bibliografía

- Benjamin, Walter (1990). *El origen del drama barroco alemán*. Madrid, Taurus, 1990.
- Calderón de la Barca, Pedro (1987). *La vida es sueño*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar.
- García Ferrer, Borja (2023). *Baltasar Gracián: Filósofo de la vida humana*. Guillermo Escolar Editorial.
- Gracián, Baltasar (1997). *Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid, Cátedra.
- Maravall, José Antonio (1975). *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona, Ariel.
- Rivera García, Antonio (2004). *Espíritu y poder en el Barroco Español*. Madrid, Verbum Editorial.

- Sáez Rueda, Luis (2010). La experiencia de lo trágico y la crisis del presente. En P. Peñalver y J. L. Villacañas (eds.). *Razón de Occidente. Textos reunidos para un homenaje al profesor Pedro Cerezo Galán*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010.
- Rodríguez de la Flor, Fernando (2015). *Pasiones Frías. Secreto y disimulación en el Barroco hispano*, Madrid: Marcial Pons.